

Á este tiempo aun estaba Jesucristo en casa de sus padres.

Durante este tiempo permanecia Jesucristo en Nazareth, desconocido de los hombres, y empleado en obedecer las órdenes de José, su padre putativo, y de María, su benditísima Madre. Ya se acercaba el momento en que debia manifestarse este Hijo del Altísimo, hecho hombre, y emprender su carrera; mas antes de entrar en ella, quiso prepararse para dar un grande ejemplo, particularmente á los ministros del Evangelio. Yo no le conocia, dice san Juan, hablando de Jesucristo, pero el que me envió á bautizar en agua, me dijo: Aquel sobre quien vieres que baja el Espíritu Santo (en figura de paloma) y que permanece sobre él, ese es el que bautiza en el Espíritu Santo (ese es el Mesías). Con impaciencia santa esperaba el Precursor esta visita divina; y á la verdad ¿con qué avenida de gozo no debia esperar que fuese inundada su alma, cuando viese por primera vez al que desde el seno de su madre habia reconocido por su Santificador, y adorado por su Dios? No sabia Juan el dia fijo en que habia de tener esta dicha; pero no ignoraba que Jesucristo se acercaba á los treinta años, en cuya edad habia de manifestarse y tendria la dicha de verle.

Va al Jordán y es bautizado por san Juan.

El último mes del año veinte y nueve de su edad partió el divino Redentor de la ciudad de Nazareth, distante como unas veinte leguas de los desiertos de Judá, donde san Juan predicaba y bautizaba, y llegó á las riberas del Jordán sin dar señal alguna que le distinguiese. Se acercó á san Juan y le pidió el bautismo. No conocia san Juan al que se le acercaba, pero luego vió que el Espíritu Santo bajaba sobre Él en figura de paloma, y

entonces, sobrecogido de asombro, exclamó: Yo, Señor, debo ser bautizado por vos, ¿y quereis que yo os bautice? San Juan lo resiste, pero Jesucristo le dijo: Deja ahora, porque así conviene cumplir toda justicia; y san Juan, sin volver á desplegar sus labios, le bautiza. Bautizado Jesus y puesto en oracion, el cielo se abre y el Espíritu Santo vuelve á bajar sobre Él en figura corporal, como de paloma, y se oye una voz del cielo, que dice: Tú eres mi amado Hijo, en quien tengo mis complacencias.

Se retira á un desierto, ora y ayuna.

Lleno Jesus del Espíritu Santo, se volvió del Jordán, y fué llevado por el mismo Espíritu á un desierto, donde no habia otra compañía que la de las bestias. Su ocupacion en este tiempo fué la mas elevada oracion, y un ayuno tan riguroso, que nada comió en cuarenta dias y cuarenta noches. Sin un milagro, habria muerto de desfallecimiento, pero el que sostiene el orbe, no habia de permitir que la humanidad de su santísimo Hijo se rindiese al peso de la necesidad, y mucho menos cuando así lo habia ya hecho con Moisés y Elías sus siervos.

El diablo desea saber si es Hijo de Dios.

Al fin de los cuarenta dias Jesus tuvo hambre, y entonces el diablo se acercó á Él para tentarle. Temia el espíritu infernal á este Hombre extraordinario, cuya vida habia observado desde los prodigios de su nacimiento. Él habia visto su misteriosa presentacion en el templo, y oido los elogios que habian hecho de Él los justos Simeon y Ana profetisa. No se le ocultaba el cuidado que un ángel habia tenido de su vida, diciendo á José, que huyese con Él y su Madre al reino de Egipto, y que se

estuviese allí hasta que le mandase volver, porque el rey Herodes le busearía para matarle. Tampoco ignoraba que, muerto Herodes, el mismo ángel se habia vuelto á presentar á José y le habia dicho, que tomase al Niño y su Madre y se volviese á la tierra de Israel, porque habia muerto Herodes, y que, temiendo José ir allá, porque reinaba en Judea Arquelao en lugar de Herodes, su difunto padre, le mandó retirarse á Galilea á la ciudad de Nazareth. Tambien veria la paloma, en cuya figura bajó el Espíritu Santo sobre la cabeza de Jesucristo, y oiria la voz del cielo que dijo : Este es mi Hijo muy amado. Todos estos prodigios y otros muchos que habria visto verificados en Jesucristo, le harian temer que Jesus fuese verdaderamente Hijo de Dios, y previendo la caida de su imperio infernal, si efectivamente lo era, deseaba ardientemente salir de esta duda terrible, y á este descubrimiento dirigió aquí todas sus astucias para impedir su ruina, si le era posible.

Para esto le tienta.

Revestido á este fin de la apariencia de hombre, se acercó á Jesucristo, á quien suponía con mucha necesidad de alimento, y le dijo : Si sois Hijo de Dios, haced que estas piedras se conviertan en panes. Nada contestó Jesucristo sobre ser ó no Hijo de Dios, que era lo que deseaba saber el tentador, y se limitó á responder : Escrito está : No de solo pán vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios. Una respuesta tan prudente, en que, sin descubrirse Jesus, contestaba al tentador con la palabra de Dios, debiera haberle desanimado; pero era mucho el deseo que tenia de descubrir el misterio, y llevó su temeridad adelante. Echó mano de Jesus el atrevido y lo llevó por los aires á la ciudad santa. Le puso sobre el pináculo ó sitio mas alto del templo, y le dijo : Si sois Hijo de Dios, échaos

de aquí abajo; porque escrito está, que Dios os tiene entregado al cuidado de sus ángeles para que no tropiece vuestro pié contra la piedra. Tambien está escrito, le dijo Jesus : No tentarás á Dios, tu Señor. Viendo el tentador que nada podia averiguar acerca de la divinidad de Jesucristo, varió la situacion peligrosa en que habia puesto al Señor; pero no la intencion. Le tomó del pináculo del templo y le llevó á la cima de un monte muy alto. Figuró en un momento la imágen mas brillante de todos los reinos del mundo y de toda su gloria, y volviéndose á Jesucristo, le dijo : Todo esto os daré, si postrándoos, me adoráreis.

Huye el diablo confundido, y los ángeles vienen y le sirven.

La blasfemia era horrible y solamente digna del príncipe del infierno. Al oirla Jesucristo, tomando el tono de indignacion que convenia al Hijo de Dios : Retírate, Satanás, le dijo con un enojo insoportable. Retírate, y acuérdate que está escrito : Á tu Señor y Dios adorarás, y á él solo servirás. Entonces el diablo huyó confundido de su divina presencia, y hé aquí que los ángeles vinieron y sirvieron al Señor. Estos celestiales espíritus bajaron luego cerca de su divina persona, y despues de adorarle profundamente, humillados en su presencia, le sirvieron la comida. El Señor la recibió de sus manos angelicales, y concluida una mesa en que el servido era el Hijo de Dios y los sirvientes los ángeles, estos se volvieron al cielo, de donde habian venido, y Jesucristo se quedó en el lugar de su retiro.

El Bautista, perseguido por los escribas y fariseos, pasa el Jordán, y Jesucristo sale del desierto y va á Cafarnaun.

Entretanto que Jesucristo era tentado por el diablo en el desierto, su Precursor, el Bautista, era perseguido en las riberas del Jordán por los escribas y fariseos; y fuese por evitar la persecucion ó porque juzgase que los habitantes de aquellas campiñas podrian estar ya suficientemente instruidos al cabo de mas de medio año que les administraba el bautismo y predicaba la penitencia, se pasó á la otra parte del rio y fué á predicar y á bautizar á los habitantes de aquellas otras comarcas. Las noticias de la persecucion que sufría el Bautista, y de su mudanza de terreno, llegaron á Jesucristo cuando salía de su soledad. No se detuvo en la Judea, ni en Nazareth, ni entró por esta vez en Jerusalem, donde los que dominaban sobre el pueblo se hallaban muy mal preparados para el reino de Dios. Se encaminó, pues, á la Galilea, y fué á morar á Cafarnaun, ciudad marítima en los confines de las tribus de Zabulon y Neptalí, para que se cumpliese lo que había dicho el profeta Isaías: Tierra de Zabulon y tierra de Neptalí, camino del mar trás del Jordán, Galilea de las gentes... Este pueblo, que estaba sentado en tinieblas, vió una gran luz, y luz nació á los que moraban en la region de las sombras de la muerte.

Jesucristo principia á leer y explicar las sagradas Escrituras en las sinagogas.

Cafarnaun fué la residencia mas ordinaria de Jesucristo, y como el centro de sus misiones. Desde esta ciudad pasaba, especialmente en las solemnidades, á enseñar en Jerusalem, y en los lugares y aldeas depen-

dientes de la capital; y despues de dar pruebas por todas partes de su poder soberano, y señales de una misericordia sin límites, se volvía á vivir entre sus Cafarnaítas. El lugar ordinario de sus sermones eran los pequeños templos, que llamaban sinagogas, y estaban diseminados por la tierra de Israel, en los que oraban los Judíos y explicaban los escribas y fariseos las santas Escrituras. Los particulares de reputacion, habilidad y virtud, aun cuando no fuesen ni escribas ni fariseos, podian presentarse en ellas á explicarlas, ya voluntariamente, ó ya invitados por el que presidia la instruccion.

Jesucristo, aunque no era ni escriba ni fariseo, se presentaba en ellas y explicaba las santas Escrituras. Sus discursos juntaban con una hermosa sencillez, una nobleza inimitable, y en la majestad de su lenguaje se veian aquellos modos que encantan, aquellas atenciones que obligan, y aquella compasion para con los infelices que no deja lugar á la resistencia. Aun no se sabía que Jesucristo fuese un Hombre Dios; pero se conocia que era mas que hombre. Permaneció en Cafarnaun bastante tiempo, y señaló su predicacion con un gran número de milagros que hicieron célebre su nombre en el pais. Su fama se extendió luego por todas partes y tambien por Nazareth. Esta ciudad se reputaba por su patria; pues aunque no habia nacido en ella, sino en Belén, se habia criado allí desde su tierna edad, habia pasado en ella toda su juventud, y parecia no haber salido de allí sino para ir á los desiertos de Judá á recibir el bautismo de san Juan.

Las lee y explica en Nazareth, su patria.

Jesucristo pasó de Cafarnaun á Nazareth, su patria, y entró en la sinagoga el dia de sábado á leer y explicar la sagrada Escritura. Cualquiera que trataba de interpretarla, leía en pié los textos que elegía ó que se le se-

ñalaban; en seguida se sentaba, los explicaba, y luego exhortaba á practicar la doctrina que contenian; y así lo hizo Jesucristo. Luego que se acabaron los ejercicios ordinarios, fué á presentarse al que presidia la junta, ofreciéndose á leer y explicar algun texto de la ley ó los profetas. Se admitió su oferta y se le dió el libro del profeta Isaías, uno de los mas difíciles de explicar, acaso por hacer prueba de su capacidad y talento.

Los libros entonces eran unas membranas ó pergaminos, arrollados en un cilindro, ó palo redondo, y por eso se llamaban volúmenes ó envoltorios, de la palabra envolver. Jesucristo desarrolló el libro, y el primer pasaje que se le presentó, fué en el que dice Isaías: El Espíritu del Señor sobre mí, por eso me ungió; para evangelizar á los pobres me envió; para sanar á los contritos de corazón; para predicar á los cautivos la redención y dar visita á los ciegos; para poner en libertad á los aprisionados; para publicar el año acepto al Señor, y el día de la retribución... Leído el sagrado texto, envolvió Jesucristo el libro y le entregó al presidente de la sinagoga.

Su explicacion llena á todos de asombro, y piensan si será el Mesías.

Se sentó y empezó la explicacion de la profecía, que habia leído con aquel aire de autoridad y dulzura que habia recibido del Cielo. Todos los presentes tenian puestos los ojos en Él, y acaso jamás se habia excitado tanto la curiosidad de un auditorio, como en esta ocasion. Le escuchaban con suma atencion, y se maravillaban de las palabras de gracia que salian de su boca. Todos le daban el testimonio de alabanza, ensalzándole y publicando la sabiduría y eficacia de sus palabras, y todos se preguntaban, ¿pues qué no es este el hijo de José? El gozo de los Nazareos al contar entre sus ciudadanos un hombre tan admirable era sumo.

Pero no era rico y poderoso, y por eso le desconocen.

Llegaron á creer que Jesucristo era el Mesías prometido hacia ya mas de cuatro mil años; pero una reflexion desdichada, que hicieron sobre su condicion y educacion, bastó para sofocar todos aquellos preciosos sentimientos. ¿Cómo es posible, principiaron á decirse los unos á los otros, cómo es posible que este hijo de José, de aquel carpintero, morador de nuestra ciudad, que vivía de su trabajo y que nunca pudo enseñar á su hijo otra ciencia que la de su oficio; cómo puede este hijo de un carpintero ser el Mesías á quien nosotros esperamos lleno de majestad, poder y sabiduría? ¿Y porqué, añadian, porqué no ha de hacer aquí tantos y aun mas y mayores milagros que en Cafarnaun y en otros pueblos que no son su patria?

Ninguno es profeta en su patria.

Jesucristo, que oía sus discursos, ya veo, les dijo, que me reconvenís con el antiguo proverbio: Médico, cúrate á ti mismo, haciendo en tu patria cuanto hemos oído que has hecho en Cafarnaun; pero yo os aseguro, que ningun profeta es acepto en su patria (y por eso no hace en ella prodigios). Muchas viudas habia en Israel en los días de Elías, cuando se cerró el cielo por tres años y seis meses, y hubo una grande hambre en toda la tierra; mas á ninguna de ellas fué enviado, sino á una mujer viuda de Sarepta de Sidonia; y muchos leprosos habia en Israel en tiempo de Eliséo profeta, y ninguno de ellos fué curado sino Naaman Siro.

Celo falso y arrebatado de los Nazareos.

Los Nazareos se picaron vivamente de la comparación que Jesucristo hacia de ellos con los ídólatras de la Siria, y de la preferencia que sobre ellos daba á los extranjeros de Sidon. Aquí se dejaron arrebatado de un falso celo; rodearon á Jesucristo, y le echaron, no solo de la sinagoga, sino tambien de la ciudad. Ni pararon en esto. Le llevaron hasta la cumbre del monte, en que estaba edificada, y trataron de despeñarle. Este intento arrojado, é injusto por sí mismo, era tambien contra la autoridad del gobierno, y pudiera traerles funestas consecuencias; pero el furor popular, ó no ve, porque llega á cegarse, ó no teme, porque llega á hacerse insensible. Jesucristo, que sentia mas su ceguedad, que temía su aborrecimiento, porque sabía que aun no habia llegado su hora, les dejaba obrar con una tranquilidad admirable. En el momento en que estaban mas acalorados, se desprendió suavemente de sus manos, y bien que se les hiciese invisible, ó bien que quedasen inmóviles Jesucristo, pasando por medio de ellos sin que nadie se opusiese, salió de entre ellos, y se fué á Cafarnaun su morada.

Jesucristo dejó á Nazareth admirada, particularmente con este último suceso, pero no convertida. Continuó enseñando en Cafarnaun y en los pueblos de sus contornos por algunos meses, y todos le miraban como un enviado de Dios, y un maestro del cielo. Llenaba todo el país del buen olor de sus virtudes y de la admiración de sus milagros. El tema de sus discursos era la necesidad de hacer penitencia y creer al Evangelio, pues se acerca, decia, el reino de Dios. Su acompañamiento ordinario eran los pobres, los afligidos, los enfermos, los penitentes y los pecadores que trataban de convertirse, porque todas estas clases eran el objeto principal de sus misericordias. No sabemos con mas individualidad sus

trabajos evangélicos, durante el primer año de su predicación. Como no habia juntado aun discípulos que le siguiesen, no pudieron estos ser testigos de sus acciones, ni oír sus palabras para recogerlas, y dejar á la Iglesia tan precioso depósito. Despues de un año que empleó en recorrer las ciudades y campiñas de la Galilea, determinó llamar á los que destinaba para el apostolado, y con esta mira, se acercó á aquel paraje del río donde se habia retirado el Bautista para continuar su ministerio de Precursor.

Se aumenta la fama del Bautista y se duda si será el Mesías.

En vez de haberse debilitado el fervor del segundo Elías, y disminuido su fama con la mudanza del lugar de su predicación, se aumentaba cada día, y creció el número de sus oyentes en términos que los escribas y fariseos creyeron que debían averiguar muy circunstanciadamente quién era este Juan; porque llegaron á dudar si sería el Mesías. La circunstancia de aparecer precisamente en el tiempo en que se iban á cumplir las profecías de la venida de Jesucristo; la penitente y santa vida de Juan, su modo de obrar, y la veneración con que le miraban y trataban los pueblos, todo se reunía á persuadir que lo era. Solo habia un tropiezo para reconocerle ya por Mesías, y era el mismo que les impedía reconocer á Jesucristo, á saber: que no era rico y poderoso. Ellos no esperaban, ni querían un Mesías que solo fuese santo y reformador; sino que fuese tambien señor y dominador de todo el universo.

Envían los escribas y fariseos á averiguar quién es el Bautista.

Para salir de sus dudas, enviaron una embajada de sacerdotes y levitas á saber del mismo san Juan, quién era. Los enviados pasaron el Jordán y se presentaron en Betania, donde bautizaba y predicaba; se acercaron á él y le preguntaron: ¿Tu quién eres? Nosotros venimos encargados de saber de tu boca, quién eres. Nuestros escribas y fariseos ven que juntas el pueblo, que tomas discípulos, que predicas y bautizas, y dudan si eres tú Cristo; y Juan confesó y no negó, que no era Cristo. ¿Qué pues? ¿Eres tú Elías? y dijo: No soy. ¿Eres tú profeta? y respondió: No. ¿Pues quién eres, para que respondamos á los que nos han enviado? ¿Qué dices de ti mismo? Yo soy, respondió, la voz del que clama en el desierto: Enderezad el camino del Señor, como dijo el profeta Isaías.

Los sacerdotes y levitas de la embajada eran fariseos, esto es, unos hombres tenidos por los mas hábiles en la ley, y que efectivamente lo eran en ciertos puntos capitales, como en el de la espiritualidad de las almas y en el de la resurreccion de los cuerpos; mas por otra parte eran unos hombres soberbios y desdenosos. Todo habia de pasar por su censura, y nada era útil sino lo que ellos hacian ó autorizaban. La mas interesante instruccion era reprobada por ellos, si el que la ofrecia, no se ponía á sus órdenes, ó se confesaba por su discípulo. Así se portaron aquí con el Bautista. En vez de quedar satisfechos con las respuestas del santo Precursor, entraron en disputas. Tú dices, le replicaron, que no eres Cristo, ni Elías, ni aun profeta. ¡Pues con qué título bautizas? Es verdad que yo bautizo, respondió san Juan, pero en agua solamente. En medio de vosotros está el que vosotros no conoceis, el que bautiza en agua y Espíritu Santo. Este es el que ha de venir en pos de mí,

que ha sido engendrado antes de mí, y de quien yo no soy digno de desatar la correa del calzado.

Esto sucedió en Betania, dice el texto sagrado, al otro lado del Jordán, donde estaba Juan bautizando. Los sacerdotes y levitas se volvieron á dar cuenta de su embajada, y no sabemos que la declaracion del Bautista causase otro efecto en los escribas y fariseos que calmar las inquietudes que tenian, sobre si Juan, este hombre extraordinario, podria ser el Mesías; mas luego que por su misma confesion se aseguraron de que no lo era, en nada menos pensaron que en saber si aquel de quien decia el Bautista que no era digno de desatar la correa del calzado, y que bautizaba en agua y Espíritu Santo, podria ser el Mesías, como en efecto lo era.

Se muestra Jesucristo á san Juan, quien da testimonio de su divinidad.

Al otro dia de haberse vuelto los sacerdotes y levitas á dar cuenta de su embajada, vió san Juan á Jesucristo que venia hácia él, y dijo á su auditorio y discípulos: Hé allí el Cordero de Dios. Hé allí el que quita el pecado del mundo, este es aquel de quien dije: En pos de mí viene un Varon que fué engendrado antes de mí, porque era primero que yo. Antes que se presentase á recibir mi bautismo, yo no le conocia. Si yo he sido enviado, y si he bautizado con agua, ha sido para que sea manifestado á Israel su Salvador, y su Rey bautizado en agua y Espíritu Santo: y desapareció el Señor al fin de este discurso de su Precursor. Al dia siguiente volvió san Juan á presentarse en el mismo sitio que habia estado el dia anterior, pero acompañado de solos dos discípulos, y viendo á Jesus que se paseaba por la ribera del rio, les dijo: Hé allí el Cordero de Dios.

Dos discípulos de san Juan siguen á Jesucristo.

Los dos discípulos que acompañaban á san Juan, temiendo que hoy tambien se les ausentase, dejaron inmediatamente á su maestro, corrieron á juntarse con Jesucristo, y le siguieron, aunque sin atreverse á hablarle ni á interrumpirle, mientras se paseaba. Volvió el Señor hácia ellos sus divinos ojos, y viendo que siempre le seguian, les dijo : ¿Qué es lo que buscáis? Maestro, dijeron, ¿dónde habitais? Que fué tanto como decir : en sabiendo vuestra morada, nosotros buscaremos tiempo oportuno para oír y tomar vuestras instrucciones sobre el reino de Dios que nos anunciáis, y que nosotros deseamos. Venid, les dijo entonces el Señor. Venid y ved. Siguiéron á Jesucristo los dos discípulos de Juan á la aldea inmediata; vieron donde moraba, y se quedaron con Él aquel dia. Eran cerca de las diez, hora que en nuestro modo de contar correspondia á las cuatro de la tarde. Su Majestad pasó con ellos en la mas dulce conversacion hasta la noche, oyendo con suma bondad sus preguntas, y respondiendo á ellas con suma dulzura. ¡Dichosos discípulos que lograron ser admitidos á la audiencia del Hijo de Dios! ¡Qué breves les parecerian los momentos en tan divina compañía!

Eran Andrés y Juan el Evangelista.

Uno de estos discípulos se llamaba *Andrés*, y se cree que el otro era *Juan el Evangelista*, que escribió este suceso; y calló aquí por modestia su nombre, como lo hace en otras varias partes de sus Libros sagrados. Eran de Betsáida; y por lo que mira á Andrés, le vemos salir de la conversacion del Salvador lleno de celo y ansioso de adquirir discípulos á su nuevo y divino Maestro, y sobre todo de los de su familia.

Les imita Simon, y Jesucristo le pone el nombre de Pedro.

El primero con quien se encontró fué su hermano *Simon*, y como estaba inundado de gozo, sin otro saludo, le dijo : ¿Sabes que hemos hallado al Mesías? Era Simon uno de aquellos Israelitas que deseaban con ansia la llegada del Salvador. Su carácter naturalmente vivo y vehemente se descubria en la primera ocasion y á la primera vista. Era de noche cuando su hermano Andrés le habló del Mesías, y su viveza no le permitió esperar el dia para ir á verle y conocerle, sino que partió inmediatamente, guiado de su hermano, á presentarse y conocer á su ansiado Mesías. Su diligencia fué dichosa. Jesucristo no habia de permanecer allí el dia siguiente, y la vocacion de Pedro estaba fundada en su pronta correspondencia. Al momento que se presentó á Jesucristo, le miró el Señor, y ¡quién podrá decir cuáles fueron los efectos de esta primera mirada del Salvador sobre un hombre que destinaba para Príncipe de los Apóstoles, Maestro de sus discípulos, Pastor de todas sus ovejas y su Vicario en la tierra! Tú eres Simon, hijo de Jonás, le dijo su Majestad; tú serás llamado *Cefús* (que quiere decir *Pedro*). Mucho anunciaba el Señor á su nuevo discípulo con la mudanza de nombre, pues con el de *Pedro*, que le ponía, habia de ser nombrado en todos los tiempos y en toda la tierra.

Jesucristo encuentra á Felipe, paisano de Andrés y Pedro, y dice que le siga.

Jesucristo quiso ir el dia siguiente á Galilea, y sus discípulos tuvieron buen cuidado de acompañarle y no perderle de vista. Cuando iban caminando, encontraron á *Felipe*, vecino de la ciudad de Betsáida, de donde eran tambien Andrés y Pedro, y le dijo Jesus : Sígueme,

y Felipe le siguió. Tal es el poderío de la palabra del Señor sobre las almas dóciles y humildes. ¡ Cuántas veces habló su Majestad con mayor fuerza y mas alto tono á los grandes y sabios de Jerusalem sin conseguir que le atendiesen !

Tambien Natanael, amigo de Felipe, sigue á Jesucristo.

Tenia Felipe un amigo llamado *Natanael*, á quien quiso hacer participante de tan dichoso encuentro, y luego le buscó con aquella diligencia que emplea un amigo que quiere hacer dichoso á su amigo que quiere hacer dichoso á su amigo. No tardó en hallarle, y le dijo : Hemos hallado á aquel de quien escribió Moises en la ley y los profetas ; á Jesus, hijo de José el de Nazareth. ¿ Pues qué, dijo Natanael, de Nazareth puede salir cosa buena ? Estaba esta ciudad en descrédito entre los Judíos, y por otra parte se sabía que el que había de mandar en Israel, había de nacer en Belén. Felipe no se detuvo en defender la estimacion de la ciudad, y se contentó con decir : Ven y vé. No se resistió Natanael á esta invitacion de su amigo, y fueron juntos á ver á Jesus.

Vió Jesus á Natanael que venia, y dijo de él : Ved ahí un verdadero Israelita, en el cual no hay engaño. Oyó Natanael lo que había dicho Jesucristo, y le preguntó : ¿ De dónde me habeis conocido ? Te vi, respondió Jesucristo, cuando estabas bajo de la higuera, antes que Felipe te llamase. Conoció Natanael que esta vision no había podido ser natural, y tocado al mismo tiempo de la gracia, no dudó que Jesucristo era el Mesías prometido, y exclamó : Maestro, ¡ Vos sois el Hijo de Dios ! ¡ Vos sois el Rey de Israel ! Al oír Jesucristo de boca de Natanael una confesion tan sencilla de su divinidad ; tú has creído, le dijo, porque te he revelado que te vi bajo de la higuera ; pues aun verás cosas mayores ; y

entonces, dirigiendo sus palabras á todos, porque á todos miraba lo que iba á añadir, en verdad os digo, exclamó, que veréis abierto el cielo, y á los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre. No sabemos á cuál de las veces que se abrieron los cielos sobre su divina cabeza haga aquí relacion Jesucristo, ó si hablaba de alguna vision particular de la que fuesen testigos sus discípulos y que no haya llegado á nuestra noticia.

Jesucristo y su santísima Madre son convidados á las bodas de Caná.

De allí á tres dias se celebraron en Caná de Galilea de la tribu de Zabulon, distinta de la Caná de los Sidonios, unas bodas, y estaba allí la Madre de Jesus. Se cree que la santísima Virgen, despues de la muerte de san José, su benditísimo esposo, había mudado de Nazareth á Caná su habitacion ; por lo menos en esta ocasion se hallaba allí, y ya por amistad, ó bien por parentesco, fué convidada á honrar con su presencia esta funcion. Su modo sencillo de vivir nada tenia de espantadizo ; antes por el contrario, era afable y lleno de amabilidad. La santísima Virgen era un modelo perfecto de todas las virtudes, que forman los mayores santos y los mejores ciudadanos. Rogaron, pues, á la Señora que asistiese á las bodas, y la Señora condescendió con su peticion.

Su santísimo Hijo Jesucristo, tan célebre en todo el pais por su predicacion y por los milagros que había obrado en el año anterior, estaba convidado tambien á las bodas con sus discípulos, y no era ya tiempo de que viese como un particular. La gloria de su Padre celestial y la salvacion de los hombres, pedian que se manifestase. Dejóse, pues, ver en Caná, como un maestro de Israel que juntaba discípulos para instruirlos y partir con

ellos los trabajos del Evangelio. Admitió el convite á las bodas, y llevó consigo á sus discípulos. Por estos principalmente quiso conceder su divina presencia á unos regocijos, que contenidos en sus debidos límites, nada tienen que no sea puesto en razon, pero que por desgracia no se moderan en ellos los hombres, y apenas hay alguno que no venga á serles dañoso por los excesos; de donde proviene que es preciso quitar muchas veces las costumbres, aunque sean buenas, para evitar los abusos. No habia que temerlos en un convite á que asistían el santísimo Jesus y su benditísima Madre; sin embargo, un incidente imprevisto estuvo, no para malograr las bodas, sino para turbar su alegría.

Falta el vino en las bodas.

Se creyó haber hecho bastante y aun sobrado acopio de vino, pero este llegó á faltar antes de concluirse la función. María santísima, que estaba al lado de su divino Hijo, y le pidió un milagro para remediarla, y sacar principalmente á los esposos de este conflicto. No tienen vino, le dijo, volviéndose hácia su divina persona. ¿Y qué nos va á mí y á ti en eso? ¡ó mujer! le dijo el Señor. Aun no ha llegado mi hora. Esto es, la hora de que todos los convidados conozcan la falta del vino, y el milagro de la conversión del agua. Amaba Jesucristo sin límites, si así puede decirse, á su querida Madre, y deseaba complacerla y darla gusto en todo, mas no parece que la santísima Virgen hizo su petición en unos términos demasíadamente respetuosos en una Madre tan querida. No usó de la palabra *Hijo* como acostumbraba, y acaso el Señor no usó por eso la de *Madre*. Sin embargo la santísima Virgen estuvo tan ajena de mirar como reprensión esta respuesta de su querido Hijo, que sin dudar ni un momento de que habia sido atendida su advertencia, dijo á los sirvientes del banquete: Haced cualquiera cosa que os mande.

Jesucristo suple la falta convirtiendo el agua en vino.

Era costumbre entre los Judíos tener sobre sus aparadores grandes vasos por sus purificaciones y abluciones legales. Ordenaba algunas de estas la ley, y la superstición habia introducido otras. Se hallaban colocadas en la sala del convite seis de estas vasijas, que llamaban hidrias, y hacían cada una como unas cinco arrobas, y por consiguiente las seis hidrias contenían unas treinta arrobas. Estaban vacías, y dijo Jesucristo á los sirvientes: Llenad de agua esas hidrias; y las llenaron de agua hasta que rebosaba, de modo que todas podían ver el agua que revertía. Sacad ahora agua, dijo el Señor, y llevad al arquitectino (superintendente del convite); y llevaron del agua que habia ya convertido en vino Jesucristo. Lo probó el arquitectino, y halló que era sumamente delicioso y que jamás se habia bebido semejante. Como no sabía de dónde era, aunque no lo ignoraban los criados que habian echado el agua, lleno de admiración y de sorpresa, llamó al esposo y le dijo: Todo hombre pone primero el vino superior (esta era allí la costumbre), y cuando los convidados van satisfechos, saca el inferior; mas tú has guardado el mejor vino hasta ahora. La Madre de Jesus, que con su caridad habia conseguido este prodigio, fué la menos admirada, y la mas reconocida; pero ¡cuál debió ser la alegría de los esposos al ver el milagro y saber que habian logrado la honra de tener á su mesa al Hijo y á la Madre de Dios! ¡Qué bendiciones del Cielo no debían esperar de unas bodas que Jesucristo acababa de aprobar con su asistencia, y su santísima Madre con un milagro de su santísimo Hijo.

Los que comunmente se llamaban hermanos de Jesus, por ser parientes muy cercanos, debieron ser testigos del prodigio; mas no era tanto á ellos á quienes dirigía el Señor su portento, cuanto á sus discípulos que le habian de acompañar durante su vida, y continuar testificando su